



Musitano, Julia y Piacenza, Paola. "Derivas de la aventura".
Estudios de Teoría Literaria. Revista digital: artes, letras y humanidades, julio de 2024, vol. 13, n° 31, pp. 6-11.

Derivas de la aventura

Adventure drifts

Julia Musitano¹

ORCID: 0000-0001-6638-6207

Paola Piacenza²

ORCID: 0000-0003-2772-0959

Recibido: 07/07/2024 || Aprobado: 08/07/2024 || Publicado: 22/07/2024
ARK CAICYT : <http://id.caicyt.gov.ar/ark:/s23139676/tknarwjs1>

La idea de aventura

El término "aventura" presenta uno de esos casos en los que la experiencia humana, abrigada en los saberes de la lengua ordinaria, no puede separarse sino con mucho esfuerzo de su formulación conceptual. En principio, porque en la composición de la palabra ya está *in nuce* la constelación de conceptos de los cuales no puede prescindirse para su tratamiento: la potencia del porvenir, el riesgo de lo que se pone a prueba, la respuesta al deseo cuyo origen no tiene otra entidad que la débil constatación de una "llamada" que pone en movimiento al aventurero. "Aventura" proviene del latín *adventura*: forma neutra y plural del participio de futuro del verbo *advenire* (que significa "llegar" y está compuesto por el prefijo "ad", que indica "dirección", y la raíz "venir") y el sufijo *urus* (que señala una acción remitida al futuro). Nombra, por lo tanto, lo que está por llegar; lo que sucederá –un evento o acontecimiento– menos como consecuencia (o resultado) que como posibilidad. Por lo tanto, la sola invocación de la palabra "aventura" convoca la expectativa y el encanto de un desplazamiento del espacio y del tiempo actual (lo que equivale a decir, por oficio del lenguaje, de uno mismo) del que difícilmente alguien pueda sustraerse en virtud de lo que promete frente a las limitaciones de lo existente.

Claramente no siempre nos hemos representado la aventura del mismo modo y esta es la premisa de la filosofía de Giorgio Agamben quien, en 2018, en el ensayo monográfico que dedica a la aventura, sorprende con la intención de restaurar la concepción medieval de esta idea al menos por dos motivos: por un lado, porque, en su interpretación, esta representación

¹ Doctora en Letras por la Facultad de Humanidades y Artes de la UNR. Profesora de la misma casa en la cátedra de Análisis y Crítica II. Investigadora adjunta de CONICET en el Instituto de Estudios Críticos en Humanidades. Contacto: musitanoj@gmail.com

² Doctora en Humanidades (Mención Literatura). Profesora Adjunta de "Análisis y Crítica II", Escuela de Letras, Universidad Nacional de Rosario. Contacto: piacenza@gmail.com



hace justicia a su condición de evento (o acontecimiento) y, por eso, permite comprender su advenimiento como parte de los sucesos de la vida antes que en los márgenes de la excepción a los que la confinó la modernidad. Por el otro, porque en la definición medieval de la aventura, de acuerdo con Agamben, queda claro que con ella se produce un encuentro del aventurero no solo con el mundo sino consigo mismo.

A lo largo de la historia literaria, las “pruebas” que hacen a la aventura fueron concebidas de distinto modo y estuvieron asociadas a diversas formas y géneros. En ese sentido, en *Mimesis*, Auerbach sostiene que, en la cultura cortesana, “la aventura” o *aventure* es “el medio de la prueba” (131). El encuentro con el mundo se da únicamente como escenario de preparación y realización de la aventura. Dice Auerbach que “El mundo de la ‘prueba caballeresca’ es un mundo de aventuras; no solo contiene una ristra casi interrumpida de aventuras, sino que no contiene otra cosa; nada ocurre en él que no sea escenario o preparación para la aventura” (132). La contingencia del fluir de la vida queda en suspenso porque el mundo se subordina al carácter excepcional de las acciones del caballero que, a través de la aventura, valida no solo su pertenencia al mundo caballeresco sino, por lo mismo –y en un quiasmo fundamental en relación con la sujeción que supone el desafío de la prueba– que el mundo le pertenece.

Este carácter paradójico (determinado y a la vez sometido al azar, exterior e interior a la vida del que se aventura) que caracterizaba la definición medieval de la aventura, se eclipsa y desvaloriza al inicio de la Modernidad cuando, de acuerdo con Agamben, en las *Lecciones de estética* (publicadas póstumamente entre 1832 y 1838), Hegel apunta contra la exterioridad de la aventura en el romance caballeresco y la poesía medieval. De acuerdo con Hegel, en ellos, el espíritu se refiere al mundo como algo exterior al sujeto y la aventura se presenta como una voluntad libre que solo depende de sí misma y que persigue fines completamente individuales. La aventura sólo retomaría su carácter “serio” a partir del *Quijote* cuando, a través de la ironía, la novela de Cervantes mostrará la incompatibilidad de su carácter aventurero respecto del mundo en el que le toca vivir. Esta interpretación –que Agamben no duda en caracterizar como una “tergiversación” de la aventura medieval– sin embargo parece describir el destino de la aventura en las historias que cuentan las novela de aventuras científica y de exploración geográfica del siglo XIX en las que, efectivamente, los sucesos tienden a asumir ese carácter exterior y trivial por el que lo venturoso aparece reducido al carácter de peripecia o “acción”; es decir, de sucesos en los que, si bien el héroe o el viajero atraviesan situaciones extraordinarias en las que se ponen en peligro, estos no suponen una genuina transformación del sujeto de la aventura. En general, el personaje de la novela de aventuras clásica sólo confirma su propio carácter excepcional anterior a toda experiencia. Para el aventurero, en estos casos, la travesía o la “investigación” (policial o científica, según sea el caso) es parte del “método”, es decir, de la construcción de un camino cierto (*methodos* significa etimológicamente un sendero) hacia el conocimiento, que espera al final del recorrido o en la profundidad del abismo o enigma.³

En los textos que componen este dossier, leemos que el carácter de evento de la aventura es el que conmueve al sujeto por el encuentro con la extrañeza del suceso y también por el desplazamiento espacial y temporal al que es sometido. De repente y sin aviso se convoca a alguien a experimentar algo trascendente de la propia vida que desborda los límites de lo establecido cuya única condición es mantenerse desprevenido. La preparación del aventurero, en todo caso, consiste en atravesar azarosamente un conjunto de posibilidades que lo sustraen de la muerte o de la pérdida de un yo. Sin embargo, abandonarse siquiera a esa

³ Fernando Savater (1976) y Michel Foucault (1968) han coincidido en distinguir, en relación con la novela de aventuras, aquellas novelas en las que la experiencia de la aventura es interior y constituye, en consecuencia, el relato de una iniciación (la aventura busca su representación por la “ficción” –Foucault– o el discurso) de aquellas que es exterior (en tanto no “deja cicatriz” –Savater– en el personaje).

posibilidad, y aunque sea confiando en el destino prefijado, supone, como lo ha conceptualizado Anne Dufourmantelle, un riesgo. Ese riesgo está en la base del aventurero que se marcha con la incertidumbre de un camino sin guía ni orientación, pero con la seguridad angustiosa de que el desplazamiento lo volverá otro. Asistir a los embates del destino y a los desvíos que propone la vida es una forma de estar del aventurero siempre dispuesto a perderse para volver a encontrarse otro.

Es en este sentido que Agamben también repara en el carácter “necesario” antes que contingente o casual de la aventura medieval, pero, a diferencia de Auerbach, le interesa destacar –en función de una apropiación de esta conceptualización más allá de su contexto histórico– la relación dialéctica entre azar y necesidad por la que ese mundo convertido en sino es, ante todo, resultado de un hecho de palabra: de una narración por la que, además, “cuando el caballero encuentra la aventura, se encuentra sobre todo a sí mismo y a su ser más profundo” (57). Por cierto, algo de esto ya estaba de alguna manera en Auerbach cuando advertía que este mundo “ideal” es una construcción que obedece a la ética medieval y que se quiebra –encuentra su límite– con las aventuras de Don Quijote, cuando, como parte de la inversión paródica y la multiplicación de los mundos de la vida por la “fantasía” (Cervantes 101) de la lectura, el caballero se encuentra por primera vez en un mundo “cualquiera, real y vulgar” (Auerbach 133) en el que caben, sin embargo, los “encantamientos, pependencias, batallas, desafíos, requiebros, amores, tormentas, disparates imposibles” (Cervantes 101), en otras palabras, la aventura.

En tanto *eventus*, la aventura designa “algo misterioso o maravilloso, tanto positivo o negativo, que le sucede a un hombre determinado” (Agamben *La aventura* 19), en la que “lo decisivo es ‘el momento del suceso efectivo en medio de un contexto real conocido’” (Eberwein citado por Agamben, *La aventura* 20). Considerada la aventura en relación con esta nueva filiación etimológica, destaca su carácter de experiencia de un sujeto (el aventurero) por sobre el de la vivencia representada en la peripecia de un determinado actor (tradicionalmente asociado a la figura de un héroe; un aventurero que sale en búsqueda de aventuras antes que padecerlas). La aventura en tanto “evento” nos espera *a la vuelta de la esquina* (Bruckner y Finkielkraut) porque “el evento no es lo que sucede”, como dice el epígrafe de Deleuze que Agamben elige para el capítulo “Evento” de *La aventura*, sino lo que acontece en el momento en nos ponemos en juego sin que medie algo así como una decisión. Dijo el novelista Joseph Conrad que “A nadie se le ha presentado nunca una aventura para invocarla. El que deliberadamente emprende la búsqueda de la aventura no sale sino a recoger cáscaras vacías” (255). Entonces se advierte que el sujeto no preexiste a la aventura ni sale en su búsqueda porque se dan juntos, el evento y el aventurero, como dos caras de una misma realidad.

La consustancialidad de las fuerzas de la necesidad y el azar, del sujeto y la aventura, reinscribe el lugar de la excepcionalidad de la aventura en la continuidad que supone las previsiones de la causalidad de la vida “ordinaria”. Su carácter contingente, frente a la trama global de la vida, aparece como la reserva de misterio imprescindible para que su advenimiento trascienda la necesidad del relato vital y, de ese modo, se intensifiquen los contenidos “centrales” de la vida. Como advertía Simmel en 1911,

Lo que caracteriza el concepto de aventura y le distingue de todos los fragmentos de la vida, que como meros frutos de lances de la fortuna se sitúan en su periferia, es el hecho de que algo aislado y accidental pueda responder a una necesidad y abrigar un sentido. Algo así sólo se convierte en aventura cuando entra en juego esa doble interpretación: que una configuración claramente delimitada por un comienzo y un final incorpore de alguna manera un sentido significativo y que a pesar de toda su accidentalidad, de toda

su extraterritorialidad frente al curso continuo de la vida, se vincule con la esencia y la determinación de su portador en un sentido más amplio, trascendente a los encadenamientos racionales de la vida, y con una misteriosa necesidad. (22)

Así como la aventura solo puede advertirse en su diferencia como parte de la serie ordenada de eventos cronológicos que conforman la “cadena” de nuestra vida, por lo mismo, la aventura hace visibles múltiples desviaciones cuya intensidad astilla la extensión de la ilusión biográfica. Como el amor, como el arte, como el sueño, la aventura se reconoce siempre como “lo otro” frente a lo que amenaza en convertirse en costumbre, orden, aburrimiento. Un desplazamiento que en ocasiones escribe un viaje y, en otras, la línea jalonada –quebrada, o en espiral– del relato de una vida; entre otras formas de la errancia.

Las derivas

La idea de “deriva” es muy próxima a la de “aventura”. Ambas representan un cambio de dirección, una desviación y también una marcha sin gobierno, una forma de abandono que se sustrae a la determinación o que hace del encuentro su destino. En este dossier, las derivas de la aventura nombran los distintos modos de su efectuación en relación con escrituras particulares que invocan o evocan, según los casos, su experiencia. También, en función de las formas en las que se inscribe y que configuran en su acontecer.

Los textos de Carolina Maranguello y Paola Piacenza exploran la emergencia de la aventura en relación con un corpus de obras diversas, pero en las que puede leerse cómo la experiencia busca su imposible expresión como parte de la vida. Maranguello comienza por leer *Adventures among Birds* (1913) del naturalista angloargentino William Henry Hudson para luego atender a sus vínculos con el libro de poesías y collages *Aventuras de pájaro* (2021) de Laura Forchetti y Alejandra Correa, que se escribe a partir de las excursiones que Hudson realizó en 1912 por Inglaterra. La hipótesis de Maranguello es que “Hudson experimentó diversas formas de la aventura. En sus escritos aparece como punto de fuga y promesa de otredad (Argullol en Rubio Remiro 17), como advenimiento de lo extraordinario que anida en lo cotidiano, como peripecia inquietante y transformadora para el viajero imperial, como sucesión de encuentros amorosos, como experiencia sedimentada en la infancia, pero persistente en la vejez, y también como ocasión de aprendizaje y devenir”. La aventura contribuye, además, a desdibujar las diferencias entre los géneros –ficción, ensayos de la naturaleza y memorias– y es, a su vez, el vector a través del cual el escritor a la vez se pliega y resiste las morales del viaje imperial, de exploración geográfica y científica. Piacenza, por su parte, elige poner a prueba este conflicto entre experiencia y representación en la propia obra de Agamben y, en particular, en sus textos autobiográficos *Autorretrato en el estudio* (2018) y *Lo que he visto, oído y aprendido* (2023). El propósito de la lectura conjunta de la obra teórica y la autobiográfica no es la “ilustración” de las nociones teóricas sino una forma de reconocer y comprender las posibilidades que ofrecen, respectivamente, el ensayo conceptual y biográfico, para el pensamiento sobre la aventura como forma de vida. Piacenza caracteriza a la aventura como forma de vida como “un relato de inmadurez: siempre está a punto de recomenzar” dado que “supone la existencia de órdenes concurrentes que, no obstante, dado el carácter sintagmático del lenguaje, así como las convenciones retóricas de la narración, se presentan a la percepción reducidos a la expresión de una única vida que se desarrolla en una línea de avance hasta su interrupción”. Así planteado, la aventura es un relato que se narra más allá de los hechos: “siempre y sobre todo [como] posibilidad de vivir, siempre y sobre todo potencia” (Agamben, *Medios sin fin* 14).

En lo que respecta a los ensayos de Matías Moscardi y de Marina Maggi, estos reavivan el filtro aventurero del universo poético a partir de la lectura de algunos poemas de

Joaquín Giannuzzi y de Hugo Mujica. Si, para Moscardi, el poema de Giannuzzi desplaza el foco de la mirada, expande los sentidos de la realidad y traslada la palabra hacia cierta virtualidad extraterrestre; para Maggi, la aventura del lenguaje reside en un salto de fe hacia lo incognoscible que se traduce como una zona misteriosa en que la palabra se tensiona con lo impropio de una subjetividad. Por un lado, Moscardi lee a Giannuzzi “como una travesía siempre aplazada hacia una zona de lo real que, a último momento, nos cierra kafkianamente las puertas en la cara”. Por otro lado, Maggi entiende, desde una lectura crítica de Agamben y de Anne Dufourmantelle, que “narrar involucraría, antes que dar cuenta de cierto suceso, hurtar con gozo un significante al deslumbramiento, a la saturación, a la sobreabundancia de lo que está allí, lo que hallamos en el camino o se yergue ante nosotros, sin pasado ni porvenir”.

Finalmente, los textos de Julieta Novelli y de Julia Musitano constituyen la deriva amorosa del dossier en tanto sus hipótesis para pensar dos autores de la literatura argentina actual –Sergio Bizzio y Fernanda Laguna– ponen en escena el diálogo imposible del sujeto amante con el objeto amado. En clave de lectura barthesiana, ambos artículos actualizan teóricamente las ideas de rapto, obsesión, enamoramiento y abandono como modos posibles de pensar el camino de acceso a lo inasible del otro y a lo desconocido de uno mismo. Abandonarse a la aventura es condición del rapto amoroso y Bizzio, en la novela corta *Un amor para toda la vida*, y Laguna, en algunos poemas de las plaquetas firmadas con su nombre y con su heterónimo Dalia Rossetti, encuentran la forma de hacer hablar el amor como experiencia inefable que atraviesa la vida de un yo. Novelli explica que “las voces enamoradas de estos poemas pierden el control de sí y de las certidumbres cotidianas con el fin de entregarse, en cambio, a la posibilidad de desviarse y extraviarse tanto de la rutina conocida como de su propio yo” para mostrar la oscilación permanente de un yo asediado por estereotipos e imposturas, pero dispuesto a la deriva del azar. Musitano entiende que Bizzio no solo tematiza el amor, sino que encuentra los modos de articular una experiencia que desacomoda los tiempos y los espacios tal como la razón los entiende, y de darle a esa experiencia el carácter de aventura en un tiempo particular para el sujeto: el de la adolescencia y el aprendizaje. La educación sentimental y la cultura popular no alcanzan, en ninguno de los dos casos, para sostener la certeza de un yo que ha sorteado la aventura amorosa.

Obras citadas

- Agamben, Giorgio. “La inmanencia absoluta”. *Medios sin fin. Notas sobre la política*. Valencia, Pretextos, 2001, pp.481-522.
- Agamben, Giorgio. *La aventura*. Buenos Aires, Adriana Hidalgo Editora, 2018.
- Auerbach, Erich. Cap. VI “La salida del caballero cortesano”. *Mimesis*, México, FCE, 1996, pp. 121-138.
- Barthes, Roland. *Fragmentos de un discurso amoroso*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2011.
- Bruckner, Pascal y Finkielkraut, Alain. *La aventura a la vuelta de la esquina*. Barcelona, Anagrama, 1980.
- Cervantes, Miguel de. *Don Quijote de la Mancha*. Barcelona, RBA Editores (Edición cedida por Editorial Planeta), 1994.
- Conrad, Joseph. *El espejo del mar. Recuerdos e impresiones*. Traducción de Javier Marías, Barcelona, Reino de redonda, 2015.
- Dufourmantelle, Anne. *Elogio del riesgo*. Buenos Aires, Nocturna Editora, 2019.
- Foucault, Michel. “La proto fábula”. En Bellour, Butor, Foucault y otros. *Verne: un revolucionario subterráneo*. Traducción de Noé Jitrik, Buenos Aires, Paidós. 1968, pp. 32-43.

- Savater, Fernando. "Cap. III El viaje hacia abajo". *La infancia recuperada*. Madrid, Taurus, 1976, pp. 63-78.
- Simmel, Georg. "Para una psicología filosófica. La aventura". *Sobre la aventura*. Barcelona, Península, 2002, pp. 11-26.